



SOMOS ACADÉMICAS PRIVILEGIADAS, Y AUN ASÍ...

WE ARE PRIVILEGED ACADEMICS, AND YET...

Silvia Bénard Calva

Departamento de Sociología y Antropología, Universidad Autónoma de Aguascalientes
smbenardc@gmail.com

Yolanda Padilla Rangel

Departamento de Historia, Universidad Autónoma de Aguascalientes
yolanda_padilla@hotmail.com

Laura Padilla González

Departamento de Educación, Universidad Autónoma de Aguascalientes
lepadill@gmail.com

Resumen

En este artículo, siguiendo la metáfora de ir haciendo juntas un *tejido* de experiencias, elaboramos una autoetnografía dialógica. Entrelazamos nuestras historias mediante un ejercicio que consistió en escribir de manera individual y discutir los textos en reuniones semanales. Este ejercicio nos ha permitido articular tres historias como académicas de tiempo completo dedicadas principalmente a la investigación. Tomamos la decisión de hacer este proceso de indagación compartida porque sentimos la urgente necesidad de reflexionar sobre esa carrera profesional, que iniciamos por vocación hace ya varias décadas, pero que, conforme nos acercamos a su posible conclusión por jubilación, ha dejado de tener el mismo sentido. Esto, consideramos, responde en gran medida a la relevancia que han tomado los criterios administrativos en detrimento de los académicos en un nuevo contexto, que algunos han caracterizado como la universidad neoliberal.

Las tres autoras —dos de las cuales han trabajado más la metodología cualitativa, en este caso particular la autoetnografía, y una de ellas que durante años ha investigado las trayectorias laborales de las mujeres dentro de las universidades públicas— hemos hecho un ejercicio de introspección compartido con la intención de

detectar cuestiones nodales y de explorar alternativas viables dentro del contexto actual.

Abstract

In his text, following the metaphor of knitting together our experiences, we elaborated a dialogic autoethnography. We intertwined our histories in an exercise consisting of writing individually and discussing our texts on weekly meetings. This exercise has allowed us to articulate three histories as full time academics dedicated mostly to research. We took the decision to do this shared inquiry process because we felt an urgent need to reflect on that professional career, which was initiated by vocation decades ago, but as we approach its conclusion due to retirement, has changed its meaning. This, we consider, responds to a great degree to the relevance administrative criteria has taken as opposed to academic criteria in a new context that some have characterized as the neoliberal university.

The three authors —two of whom have done research within the qualitative tradition, autoethnography on this particular case, and one of them who has for many years done research on women job trajectories within public universities— have done an introspection rehearsal with the intention to detect nodal issues and to explore viable alternatives within the contemporary context.

Palabras clave: autoetnografía colaborativa; universidad pública; investigación académica; mujeres; México.

Keywords: Collaborative autoethnography; public university; academic work; women; Mexico.

Tejer nos demandó tranquilizarnos, poner atención y tener tiempo de saber cómo ver y comprender las tensiones y modelos que podían surgir, o que habían estado allí frente a nosotras desde hace algún tiempo, y así mejorar la calidad de nuestro trabajo. Tejer nos recordó la naturaleza de la profesión académica y su relación con el tiempo y el cuerpo. Tejemos algunas puntadas, cometemos errores, destejemos y comenzamos nuevamente. Siempre hay el riesgo de que algo iniciado nunca



termine. Pasamos tiempo aprendiendo, practicando y puliendo nuevas técnicas y habilidades. Aunque eso no cuente en nuestro trabajo académico o en nuestros reportes anuales, tal práctica de aprender a tejer y cometer errores, de verdad que cuenta de una manera visible y material.

Juvas y Seidel

Introducción

Todo comenzó cuando, por iniciativa de Silvia, decidimos reunirnos una vez al mes para compartir nuestra experiencia en el nuevo contexto de la universidad pública, siendo mujeres académicas de tiempo completo que, por tener nivel de doctorado y pertenecer al Sistema Nacional de Investigadores (SNI), podemos dedicarnos principalmente a la investigación¹. Y es que compartimos una urgente necesidad de reflexionar sobre esa carrera que iniciamos por vocación hace ya varias décadas pero que, conforme nos acercamos a su posible conclusión por jubilación, ha dejado de tener el mismo sentido. De esta manera, seguimos la metáfora de ir elaborando juntas un *tejido* de experiencias en su contexto, tal como lo sugiere la metáfora de Kaela Jubas y Jackie Seidel (2016), y después de tres reuniones, decidimos convertir ese *tejido* en *texto*. Cabe recordar que la palabra *tejido* refiere a entrecruzar varias hebras o hilos, que fueron dando precisamente *textura* (o mejor dicho, *textualidad*) a nuestros encuentros.

* * * *

Solamente el escucharlas me hace bien. Me animé a preguntarles si se interesarían en formar este grupo bajo el influjo de ese artículo de Kaela y Jackie sumado a mi curiosidad por conocer algo de sus mundos internos. Esto sobre todo, ahora que sobrellevar el quehacer diario en este espacio académico se me ha hecho más y más pesado, más y más desolador, y sobre todo porque por momentos siento que hasta llega a menguar mi dignidad. Así, compartir perspectivas, críticas y hasta simples opiniones y enojos, quizá contribuya a dar sentido a todo esto y, por qué no, tener una opinión más informada que me permita explorar estrategias de trabajo (o de retiro definitivo) en un futuro próximo (Silvia).

* * * *

Kaela y Jackie hicieron precisamente eso: reunirse a compartir sus experiencias, pero



no en un formato libre, de amistad (aunque también), sino siguiendo la metodología de la autoetnografía y de la etnografía institucional, dado que esta metodología les permitía narrar sus experiencias en los encuentros y rutinas cotidianas, pero también insertándolas en un contexto de tensiones visibles e invisibles en un lugar de trabajo que, a su vez, se insertaba en un contexto más amplio, que denominaron la academia *neoliberal*. Ellas iniciaron preguntándose cómo vivían en su experiencia cotidiana la visibilidad e invisibilidad de sí mismas como académicas, de su trabajo y de su conocimiento. También se preguntaban cómo respondían a ellas y cómo sus respuestas podrían sugerir algo en torno a la situación de la academia en la actualidad. Nosotras no partimos inicialmente de preguntas como éstas, pero de alguna manera estaban presentes en nuestras primeras conversaciones, por ejemplo, cuando alguna vez Yolanda se quejaba de cómo lo administrativo parecía estar sobre lo académico en nuestra institución y Silvia nos preguntaba ¿y no hacemos nada?

Luego, cuando, dadas las múltiples actividades de docencia e investigación que nos ocupaban, no podíamos encontrar un lugar y un tiempo para coincidir las tres y reunirnos, comentábamos que no era posible que, en un entorno académico, que se supone reflexivo y crítico, no tuviéramos un espacio para pensar sobre el trabajo mismo. Posteriormente, en alguna reunión, nuestra conversación giró en torno a las dificultades y experiencias por las que cada una habíamos pasado al realizar estudios de posgrado, estancias posdoctorales o sabáticas fuera del país. Así también hablamos de lo que implica pertenecer al SNI y nuestras experiencias en la construcción de redes de investigación. Todo esto tomando en cuenta que somos mujeres y mamás.

Kaela y Jackie (2016) sugieren, además, que las mujeres tendríamos que resistir las presiones que están fuera de nuestro control y, por ejemplo, al fungir como evaluadoras de trabajos académicos, recordar y considerar las presiones que ejerce el sistema sobre nosotras y nuestras estudiantes. Por último, retomamos también su sugerencia de no olvidar que, a pesar de que estamos en cierta forma acotadas por un tipo de sistema académico, tenemos algún grado de libertad para elegir cómo nos insertamos en dicho sistema, e incluso, la posibilidad de introducir ciertos cambios en él.

Propuesta metodológica

La participación en este grupo viene muy bien al gusto de Silvia y Yolanda por su afinidad con la investigación cualitativa, particularmente las narrativas personales que



recuperan la experiencia como fuente de conocimiento, propician la reflexividad, la posibilidad de incrementar el nivel de agencia y consecuentemente de cambio. Quizá por eso Yolanda simpatice con la metodología que Silvia ha utilizado en sus últimas investigaciones, la autoetnografía. Con Silvia, antes de reunirnos las tres, Yolanda venía teniendo un diálogo acerca del potencial de esta metodología, ya que formamos parte del Doctorado en Estudios Socioculturales, así como de la Maestría de Investigaciones Sociales y Humanísticas de la UAA. Además, Silvia había invitado a Yolanda a participar en los comités tutoriales de dos de sus alumnos que utilizaban esa metodología y otras (como la del *portraiture*) en sus respectivas tesis de grado. Quizá por esa razón, cuando Silvia le propuso iniciar un grupo para reflexionar sobre nuestra experiencia académica, a Yolanda le entusiasmó la idea.

Ambas pensamos entonces en invitar a Laura, no sólo por ser amiga, sino porque ella ha escrito varios artículos sobre mujeres en la academia. Laura, desde el Departamento de Educación, ha dedicado buena parte de su trayectoria como investigadora al estudio de la educación superior y a observar diferencias de género en ese ámbito. Cuando Laura aceptó participar en esta triada de reflexión, decidimos también leer y comentar en grupo el último artículo que ella había publicado, junto con Amy Scott Metcalfe (de la Universidad de British Columbia, Canadá), titulado justamente *Underrepresentation of Women in the Academic Profession: A Comparative Analysis of the North American Region* (2013).

El análisis que Laura y Amy realizan en ese artículo es de corte cuantitativo y está basado en una encuesta internacional; es una aproximación a la situación de las mujeres académicas en América del Norte y por ello enriquece nuestra comprensión del contexto amplio en el que nos encontramos las mexicanas. El artículo presenta a las mujeres que permanecen en la academia no sólo como *sobrevivientes*, sino también como personas con características diferentes a las de sus pares, por ejemplo, son un poco más jóvenes que los varones y hay muchas más mujeres solteras o separadas. Se plantea que en parte la subrepresentación de las mujeres en la academia se entiende porque, dadas las condiciones laborales y organizaciones de las universidades, algunas de ellas con doctorado, han decidido seguir una trayectoria profesional diferente, ya fuera porque la carrera académica no les resultaba atractiva o bien porque se enfrentaban a barreras de género difíciles de traspasar para acceder a la profesión. Por esta razón, para sobrellevar la desigualdad de género en el acceso profesional y la permanencia en la educación superior, Laura y Amy veían necesarias políticas educativas y prácticas institucionales que generaran mayor equidad y



facilitaran estos procesos en instituciones académicas.

Así, discutiendo textos y compartiendo experiencias, continuamos nuestras reuniones, con el tiempo recortado pero desarrollando un proceso de reflexividad que decidimos seguir profundizando a partir de la escritura individual. Así pues, al ir y venir entre la oralidad y la escritura, cultivamos la reflexividad para tratar de dar mayor sentido a nuestro quehacer como académicas en el contexto actual.

El proceso antes descrito se inserta dentro de la tradición de la autoetnografía, y más específicamente, la autoetnografía colaborativa en diálogo (*dialogued collaborative autoethnography*), tal como la llaman Martínez y Andreatta (2014). Estas autoras se suman a la caracterización hecha por Denzin (2013) en su artículo sobre lo que llama autoetnografía interpretativa.

Denzin (2013: 126), haciendo referencia al desarrollo de la etnografía comenta:

“La autoetnografía se introdujo en el escenario cuando se entendió que todos los etnógrafos reflexiva (o irreflexivamente) se escriben a sí mismos dentro de la etnografía [...] La *duoetnografía* y la *escritura colaborativa* llevó el proyecto a un espacio dialógico, dos o más personas haciendo autoetnografía fusionan su escritura en un texto en el que se representan múltiples voces, incluyendo aquellas que quebrantan el *statu quo*”. (Traducción nuestra².)

Martínez y Andreatta, una vez que hacen referencia a otros autores que también han utilizado esta estrategia, describen detalladamente el proceso de indagación en torno a su decisión de no tener hijos. En nuestro caso —con otra temática, claro—, seguimos una ruta similar a la suya en algunos aspectos. Las tres escribíamos primero cada una por separado, después nos reuníamos y comentábamos los textos, lo cual provocaba cierta reacción de las demás. En lo que nuestra indagación no fue similar a la de ellas fue, principalmente, en que mientras ellas intercambiaban la escritura, esto es, Martínez escribía lo que le había sucedido a Andreatta y viceversa, nosotras fuimos escritoras de nuestra propia experiencia. La otra diferencia relevante fue que mientras ellas se encontraban distantes —una en Córdoba, Argentina, y la otra en Champaign, Estados Unidos—, nosotras tres nos encontrábamos en la misma universidad. En ese sentido, cuando hablamos de comparaciones, estas las discutimos en torno a lo que cada una sabe de otras instituciones de educación superior.

La academia “neoliberal” en México



En los últimos 20 años, aproximadamente, el trabajo académico en México se ha visto sujeto a una serie de exámenes que, si bien tienen su razón de ser, se han multiplicado al punto que el continuo llenado de formatos y registro de información resulta tan agobiante que termina con el gusto y la satisfacción por el trabajo.

Desempeñamos nuestra actividad profesional dentro de una institución pública, y tanto el salario como el financiamiento de los proyectos de investigación se paga con dinero proveniente de los impuestos ciudadanos. Ello hace que la rendición de cuentas sea justificable. Esta exigencia se inicia en la década de 1990, durante la llamada transición del Estado benefactor al Estado evaluador y en el contexto de restricciones presupuestarias del gasto público. En este marco, se generan políticas de financiamiento en donde el presupuesto se asigna, tanto a nivel institucional como personal, en base a evaluaciones de rendimiento que se reflejan en los sistemas de pago por mérito y creación de estímulos a la productividad (Grediaga, Rodríguez y Padilla, 2004).

Este conjunto de medidas en el ámbito de las universidades públicas ha sido controvertido desde el punto de vista de la autonomía, ha generado insatisfacción entre los académicos y resistencia ante lo que se ha dado en llamar cultura de la evaluación. Si bien es cierto que existe la necesidad de rendición de cuentas, el problema surge cuando el proceso en sí, repetitivo y detallado, con el que se nos demanda la información, hace que las tareas sustantivas cedan su lugar a los procesos administrativos. Ese trabajo —escribe Yolanda— se ha vuelto tan engorroso que me ha hecho ver con claridad la manera en que el control burocrático le ha ganado terreno a la academia. Así también me ha llevado a reflexionar sobre el productivismo y las presiones que ejerce en mí un sistema educativo al que cada vez le veo más sus defectos que sus virtudes.

Los procesos y el nivel de detalle requerido nos obligan a dedicar una parte significativa de tiempo al llenado de formatos en línea, que no por ser electrónicos son más fáciles de llenar o más adecuados. Estos incluyen: (1) hacer reportes semestrales de avances de investigación, capturar en una base de datos y entregar comprobantes de productividad en investigación (asistencia a congresos, tesis dirigidas, publicaciones); (2) llenar formato para la beca al desempeño, evaluación anual que incluye, asimismo, evaluaciones de alumnos, líderes de academia, jefe de departamento y decano, además de participación en la difusión de la ciencia en medios de comunicación y presentaciones de libros; y (3) evaluación bial para mantener o subir en el escalafón y lograr tener suficientes puntos para evitar checar



todos los días con nuestra huella digital; esta evaluación, además de todo lo anterior, incluye los cursos de actualización que debemos tomar periódicamente.

Otro aspecto que se vuelve muy desgastante es la gestión de recursos para asistir a congresos o realizar estancias. Estos recursos son escasos y en ocasiones se otorgan discrecionalmente, es decir, tienes más posibilidades de que te apoyen si eres amigo de las autoridades de turno. Además, si obtienes los recursos, el proceso de comprobación de gastos es demasiado tortuoso y finalmente uno termina cubriendo gastos que no se aceptaron por aspectos burocráticos poco claros.

A esos reportes requeridos por la universidad, hemos de sumar aquellos que provienen del gobierno federal y que incluyen el del perfil PRODEP, para el que llenamos un formato digital que debe actualizarse de manera continua, y el más estresante y demandante de todos: el del SNI, cuyo formato es diferente del anterior aunque se alimente de información similar, y que debe llenarse también de manera continua, pero que no coinciden en tiempo ni en algunos requerimientos. Para mencionar los más contradictorios, el PRODEP requiere que hagamos gestión universitaria y trabajo colegiado mientras que el SNI se centra en la productividad individual, sobre todo en las publicaciones, principalmente en revistas indexadas, y la asesoría de tesis de posgrado.

Esos sistemas de acopio de información son lentos y tienen fallas importantes en su diseño, lo que dificulta la captura de datos, multiplica las horas que dedicamos a esa labor y consecuentemente incrementa nuestro nivel de frustración y estrés por estar haciendo trabajo que no consideramos sustantivo. Lo anterior repercute negativamente en la evaluación, pues dedicamos demasiado tiempo a probar lo que hacemos y cada vez menos en hacer aquello que consideramos debe ser nuestra actividad sustantiva, esto es, la investigación y la docencia. Al final entramos en esta lógica de productivismo académico para satisfacer estándares ajenos y nuestra insatisfacción por ello aumenta, dado que sentimos que se merma la autonomía y gusto por nuestro trabajo.

También es cierto que seguido nos queda la idea de que muchos de los reportes que entregamos se diseñan con base en la desconfianza y nos llevan a inferir que la administración parte de que no somos dignas de credibilidad y que somos deshonestas, lo cual contradice uno de los aspectos básicos de la tarea de investigación —la probidad intelectual. No obstante, ha cundido la idea entre el profesorado de que estos mecanismos de reconocimiento han propiciado que algunos académicos caigan en simulación de productividad para cumplir con los estándares y



acceder a los recursos derivados, realizando acciones que rayan en el fraude, lo que en parte se utiliza para justificar el control excesivo. Así, aquellos mecanismos ingenieros para vigilarnos han propiciado, en lugar de fomentar la eficiencia, la corrupción.

Puede argumentarse que los requerimientos del PRODEP o del SNI no son obligatorios, pero son los sistemas asociados a las recompensas económicas y de prestigio profesional a los que ya se hizo referencia. Ser una académica que tiene acceso a estos sistemas de reconocimiento pasa por conocer las reglas, pero no por asumirlas de manera acrítica o fraudulenta. Esta situación se traduce en frases tales como que “ya no somos de tiempo completo, somos de tiempo repleto”.

La academia y su relación con nuestras vidas

Las mujeres, dicen Laura y Amy en las conclusiones de su artículo ya mencionado, tenemos desventajas no sólo al acceder a la profesión académica, también al permanecer en ella. Y para entender esto proponen factores relacionados con la vida privada, como son la relación de pareja, la maternidad y las actividades de cuidado de miembros de la familia. Algunas mujeres posponen el matrimonio o el momento de tener hijos hasta haber accedido a una plaza estable. Esto eventualmente se traduce en una disparidad en la productividad entre mujeres y varones. En este sentido, a Yolanda le surge la idea de que es necesario un sistema de evaluación diferenciado, que sea flexible y que reconozca las especificidades en las trayectorias de género, que valore las condiciones existentes entre ellos y ellas, no sólo en el trabajo sino en las condiciones de vida, que generan precisamente trayectorias académicas desiguales y con diferentes ritmos productivos. Respecto a otro hallazgo que hicieron Laura y Amy, en el sentido de que los varones construyen redes académicas más robustas que las mujeres, Yolanda comentó que, a cambio y a manera de pequeña venganza simbólica, en el ámbito de la vida familiar, las redes sociales de las mujeres parecen más fuertes y efectivas, dado que se consolidan cuando familiares o amistades participan en el cuidado de los hijos mientras estudiamos un posgrado, accedemos a una plaza académica y permanecemos en ella, muchas veces a costa de trabajar de tiempo completo y más.

En este sentido, también le resonó a Yolanda el hecho de que Laura y Amy identificaron que, en los tres países que estudiaron, el porcentaje de varones académicos casados o viviendo con una pareja es mucho más alto (entre el 84.1 por ciento y el 88.6 por ciento) que el de las mujeres (70 por ciento en Canadá y Estados



Unidos, 57.6 por ciento en México). En Canadá y México, una de cada cuatro mujeres académicas es soltera, mientras que en el caso de los varones sólo uno de cada diez lo es. Laura y Amy afirman que al parecer las mujeres académicas posponen o evitan el matrimonio. Nosotras representamos quizá esas estadísticas. Yolanda se casó joven y sigue en matrimonio hasta el presente. Laura se casó joven y está ahora divorciada. Silvia se casó varios años más grande que ellas y, al igual que Laura, ya no vive en pareja.

Las mujeres nos insertamos en un sistema estresante y competitivo. A raíz de que nos fue tan difícil a las tres establecer una fecha y un horario que nos acomodara para reunirnos y que no implicara descuidar nuestras responsabilidades académicas y familiares, nos dimos cuenta del grado en que estamos saturadas de actividades, lo cual nos causa, entre otras cosas, mucho estrés.

Yolanda practica tai chi, pero a veces no parece ser suficiente para recuperar la relajación. El estrés fue precisamente una variable analizada en la investigación de Laura y Amy, en la cual, quienes respondieron, debían mostrar su grado de acuerdo con la siguiente afirmación: "Mi trabajo es una fuente considerable de estrés personal". Ellas encontraron que en los tres países estudiados las mujeres reportaban estrés con más frecuencia que los varones. Y aunque tiene que ver con el ambiente institucional, también habría que relacionarlo con el hecho de que, además de las tareas académicas, las mujeres tenemos que lidiar con cuestiones familiares y del hogar, esto es, lo que se denomina *múltiples* jornadas. Un estudio realizado en esta universidad sobre el síndrome de *burnout* entre el personal académico evidenció también que las mujeres reportaban un mayor índice de *burnout* que los varones (Ramírez y Padilla, 2008).

La necesidad de tranquilidad y de reflexión, en medio del ajetreo de la vida académica, en verdad resonó en Yolanda, quizá porque practica un tipo de tai chi cuya característica principal es el movimiento lento. También le resonó la idea de que nuestro trabajo es algo más que un trabajo individual, interno e inmaterial, y que el conocimiento está relacionado con las emociones, los valores y la espiritualidad; y está vinculado con el bienestar común y la justicia social. El trabajo académico no puede ser solamente un trabajo de la cabeza, que deje afuera el resto del cuerpo, la creatividad, la solidaridad y la espiritualidad. Quizá por esto últimamente a Yolanda le está llamando la atención una corriente pedagógica que se llama pedagogía contemplativa en educación superior, que parte de una crítica a la situación actual, y



que desde la espiritualidad propone nuevos rumbos para el trabajo académico. Eso es algo que le interesa compartir para su análisis con Laura y Silvia. No solamente observar cómo las mujeres nos hemos incorporado a la educación superior, cuáles son las condiciones de género en las que nos desarrollamos, qué implica la feminización de la educación superior y temas similares, sino también qué cambios pueden darse a partir de que las mujeres nos valoremos, reflexionemos y demos un giro en nuestra práctica y, con suerte, nos resistamos así a la academia neoliberal, rescatando lo que más genuinamente podemos aportar.

Pero somos académicas privilegiadas. Cuando nos hemos reunido para hablar de nuestra situación y compararnos como profesionales aun dentro de la universidad, hemos comentado en diversas ocasiones que somos privilegiadas. El hecho de ser académicas de tiempo completo es ya una ventaja puesto que sabemos que solo poco más de una tercera parte del total de personas que trabaja en la academia en México somos de tiempo completo, y aun dentro de esta minoría las mujeres constituimos otra más, puesto que solamente somos cuatro de cada diez. Ello en términos generales, ya que en nuestras áreas, la educación y las ciencias sociales, la presencia de mujeres es mayor que en otras disciplinas, por ejemplo y sobre todo en las ingenierías (Padilla, Villaseñor y Moreno, 2010; Padilla, 2007).

Otro factor relevante es que trabajamos en una universidad pública autónoma, lo que nos brinda, por un lado, un margen de libertad académica para realizar nuestras labores de docencia e investigación. Por otro lado, tenemos estabilidad laboral y la perspectiva de un retiro en condiciones aceptables; si comparamos nuestra situación con la mayoría de los profesionales de otras áreas, sobre todo quienes son más jóvenes, pocas ocupaciones en el país brindan estas condiciones en el ejercicio profesional.

Sumamos a lo anterior el hecho de que las tres pudimos estudiar un doctorado. Esto es un logro importante ya que en México hasta hace unos 15 años no se requería el grado para incorporarse a la academia. Las tres asumimos el reto, pues considerábamos necesario formarnos dentro de un posgrado para poder hacer mejor nuestro trabajo como investigadoras. Así que dentro de la minoría que somos como mujeres académicas de tiempo completo, somos todavía parte de un grupo más reducido: con doctorado y cuya dedicación es principalmente a la investigación. Esto nos ha facilitado incorporarnos al SNI y permanecer desde hace más de diez años.

* * * *



El privilegio que más he disfrutado desde que entré a trabajar a la universidad en 2003, ha sido viajar a varias partes del mundo que, además de abrir mis horizontes vitales, me ha permitido conocer nuevas y diferentes aproximaciones a la metodología sociológica. He podido conocer y acercarme a grupos de investigación que manejan temáticas para mí muy relevantes, pero poco trabajadas en las escuelas sociológicas mexicanas.

Así fue como pude conocer la autoetnografía y la etnografía narrativa tomando un curso con Carolyn Ellis y otro con B. Goodall, organizados por la organización Research Talk, en Long Island, en 2009. Desde entonces, para mi actividad de investigación utilizo la perspectiva teórico-metodológica a la que me introduje en esos talleres hace ocho años (Silvia).

Entonces, sí me pienso “privilegiada” pero un poco hostigada por los rasgos viciosos (no por los virtuosos) del sistema, y también me veo a mí misma experimentando los costos de tanto privilegio en la forma de cansancio, estrés y una especie de falta de tiempo crónica. Me gustaría disponer de más tiempo para dedicarlo a mi salud, a mi familia, al ocio, a la cultura y a otras actividades, como por ejemplo la lectura y la escritura sobre temas no académicos que me apasionan, como el tema espiritual (Yolanda).

* * * *

Pero a pesar de los privilegios con los que contamos y por los que se esperaría que nos sintiéramos complacidas y orgullosas, tenemos cierto malestar, insatisfacción y hasta indignación. Estas contradicciones nos han conducido a cuestionarnos sobre el sentido de nuestro quehacer. Es precisamente por eso que abrimos este espacio de diálogo entre nosotras para dirimir si es posible, y cómo, mantenernos dentro de esa universidad que se ha caracterizado como “neoliberal” y hacer aquello que podemos realizar como académicas —actividad que concebimos como una vocación y por la que nos hemos esforzado por más de dos décadas.

La sensación de malestar, insatisfacción, indignación y hasta falta de sentido en la que cada vez con mayor frecuencia desemboca nuestra actividad académica, deriva de cuestiones que podemos englobar en dos grandes rubros: el hecho de que lo académico ha cedido su lugar prioritario frente lo administrativo, y el doble discurso que nos ubica por un lado como un pequeño grupo clave dentro de la universidad —ya que le permite legitimarse como institución de alta calidad y acceder a recursos del gobierno federal— y, al mismo tiempo, como un conjunto de personas que cobramos mucho más que la mayoría y gozamos de privilegios que les parecen injustificables.



Percibimos tanto resentimiento como la creencia de que nuestros logros han sido un tanto gratuitos y sin esfuerzo. Ese sentimiento se extiende inclusive entre jefes de departamento y hasta autoridades en el más alto rango dentro de la universidad. Esta parte negativa del doble discurso se escucha inclusive entre colegas, particularmente aquellos que también tienen asignadas horas de investigación aunque menos de quienes contamos con el SNI, pero sobre todo de aquellos que tienen que cubrir muchas horas de docencia frente a grupo.

* * * *

También desanima que tu propio departamento y los intereses de los administrativos se centran en cumplir con indicadores para que la institución sea evaluada en buenos términos, y me queda la sensación de que en la universidad importas en tanto eres un indicador de esto o de aquello pero que, en sí, tu trabajo sustantivo no es de interés para alguien en particular, ni para tu jefe de departamento, o incluso tus colegas. Todos estamos muy ocupados en satisfacer los indicadores (Laura).

Y a pesar de todo lo anterior... Si bien es cierto que si somos o no privilegiadas, en qué sentido y quiénes consideran que es así, son cuestiones relevantes, estamos convencidas de que desvían la atención del tema central que consideramos debe ponerse a discusión, que es: hasta dónde la universidad en general y la universidad pública en particular han ido cerrando espacios de libertad que permitan pensar, investigar, cuestionar y transmitir conocimientos que contribuyan a construir sociedades más justas.

* * * *

Elegí estudiar la carrera de Sociología y continuar con la maestría y el doctorado porque estaba convencida de que el estudio de temas relevantes me permitiría contribuir, desde la academia, a crear un mundo mejor. Para empezar, cuando inicié mi formación académica ni siquiera tenía claridad en lo que era eso de la justicia social; además, siendo una mujer de clase media y con una biografía singular, era experta en dudar de todo. Sin embargo, estos años dedicados a la academia, primero como estudiante y después como investigadora, me han ido dando pautas para poder dirimir qué es la justicia e intentar contribuir a construirla desde la universidad. Sin embargo, hasta he llegado a pensar que esos sistemas de control que nos han impuesto parecen estar diseñados para evitar que ejerzamos la crítica y busquemos alternativas viables en el complejo contexto actual (Silvia).

Siempre me ha gustado la investigación. Recuerdo que en mi adolescencia mi



modelo a seguir era Marie Curie. Soñaba con ser científica, y la disciplina a la que aspiraba era Biología. De hecho, saliendo de la prepa, me inscribí en esa carrera en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Estando allí admiraba a los biólogos (por entonces, todavía no había biólogas en la UAA) que hacían investigación. Pero sólo duré seis meses allí. Había algo dentro de mí que todavía me llamaba y que, por entonces, al estudiar otras especies animales, yo añoraba: lo humano. Cambié de carrera y me decidí por la investigación educativa. Mi primer trabajo fue catalogar el Fondo de Educación del Archivo Histórico del Estado, y allí me comenzó a gustar la Historia, y desde entonces ya no abandoné las Humanidades. En ellas y desde ellas, cada vez descubro un poco más a los seres humanos, lo cual implica un conocimiento hacia afuera pero también hacia adentro. Siento una conexión especial con los procesos de lectura y escritura, y desde que recuerdo, siempre he tenido una inclinación básica hacia la investigación (Yolanda).

Estoy empeñada en hacer investigación, a pesar de todo, porque creo que eso es lo que quería hacer desde que terminé la preparatoria. En ese entonces yo quería ser química, pero la oferta de programas en la localidad no contemplaba esa opción y en la década de los 70, muy pocas mujeres salían de Aguascalientes a estudiar fuera de la ciudad; algunas de las que lo hacían era porque contaban con un familiar “de respeto” que pudiera responder por ellas. Como ese no era mi caso, la carrera, que más bien siento que me escogió ella a mí, fue la Licenciatura en Ciencias de la Educación, que ofrecía una especialidad como profesora de Química, de manera que era lo más cercano a mis deseos. Una vez en la carrera dicha opción se canceló, pero se mantuvo la de investigación educativa, opción que no dudé en tomar y, de esa manera, desde la licenciatura, mi formación tuvo un fuerte acento en la investigación (Laura).

* * * *

Además de la investigación, hemos practicado la docencia como medio para contribuir a la formación de estudiantes, quienes desde sus carreras y sus posgrados pueden continuar la labor de conformar un conocimiento crítico que, a su vez, contribuya a comprender más cabalmente el entorno cultural, educativo y social.

Aunque la docencia no me era en un principio tan entrañable como la investigación, llevo ya más de 20 años en ella. Algo que, al principio, por mi inseguridad, mi estatura y mi voz me costaba muchísimo trabajo, ahora es para mí algo disfrutable, pues más allá de los contenidos académicos en torno a los cuales hay que dialogar con los estudiantes, actualmente veo a la enseñanza y el aprendizaje



como un encuentro intergeneracional. Mis alumnos hoy tienen la edad de mis hijos, de manera que, al igual que con mis hijos, siempre aprendo algo de ellos y me la paso casi siempre bien en clase. Me encanta escuchar sus reacciones, sus comentarios, preguntas y respuestas sobre los contenidos vistos en clase. Disfruto sus inquietudes y su creatividad. Y me pasa muy frecuentemente que, sin buscarlo, me tienen confianza, y de repente me cuentan sus cuitas y preocupaciones, no sé por qué. Últimamente me he dado cuenta de que muchas de mis estudiantes mujeres de licenciatura, maestría o doctorado, están en la edad de embarazarse, y si lo hacen tienen que lidiar con las tensiones y presiones del empalme de la vida productiva y profesional con la vida reproductiva y personal. Y todo esto me hace recordar la manera en que yo pasé por eso, y las adversidades del sistema para estas situaciones (Yolanda).

Yo me negaba rotundamente a enseñar, había estudiado para maestra de Inglés después de la prepa como un medio para tener algún ingreso que me permitiera independizarme de mi familia de origen. Eso no sucedió, pero lo que sí me quedó bien claro en ese entonces fue que la docencia no era lo mío. Cuando tuve la oportunidad de concursar por la plaza que tengo en la universidad, me resigné a hacerlo a pesar de que tenía que dar clases. Pero igual que Yolanda, con los años he ido aprendiendo a ser docente y a veces siento que contribuyo más a transformar el mundo dando clases que investigando³. Esto, es verdad, deriva del significado que ha ido cobrando para mí la relación humana dentro del aula, pero también de un cuestionamiento muy fuerte sobre el valor de la investigación que se realiza dentro de cánones muy arcaicos de lo que es la investigación, no solo en cuanto a los patrones acartonados y emuladores de las ciencias naturales como a las pautas legitimadoras de lo que gustan tanto llamar las burocracias académicas “generación del conocimiento”, sino de la manera en que se difunde ese conocimiento: entre más cercano esté de ser publicado en una revista indexada y extranjera, mayor reconocimiento tendrá. Y si es así, más puntajes para los sistemas de recompensas dentro y fuera de la universidad, y más incrementos salariales. Constatar que mi convicción por contribuir a cambiar el mundo terminó enfrascada en un sistema de premios, me lleva a cuestionar el sentido de mi actividad como investigadora y a veces hasta me hace sentirme avergonzada (Silvia).

* * * *

Además de las satisfactorias actividades de investigación y docencia —comenta Yolanda—, me satisface mucho el ambiente de trabajo. Y no me refiero tanto a los



colegas, aunque también, sino en general al ambiente que se respira tal vez en todos los campus universitarios. Cuando he ido a universidades en otros países, casi inmediatamente me siento como en casa, pues me son familiares las estructuras organizativas, las prácticas, los hábitos de trabajo, las bibliotecas. Me refiero también al ambiente de mayor tolerancia hacia la diversidad, las culturas, las ideas; al respeto ante las maneras diferentes de pensar; al debate de ideas, el análisis, la crítica, la creatividad, el avance del conocimiento. Son cosas que he hecho durante tanto tiempo en mi vida que, dondequiera que se hagan, me siento “como pez en el agua”. En cambio, me siento fuera de lugar en ambientes cerrados, dogmáticos, de estrechez de miras. Además, casi todos los campus en los que he estado son bonitos. Y el campus de la universidad en que trabajo tiene muchas áreas verdes, muchos árboles, pájaros, flores.

Sin embargo, el pasar mucho tiempo de mi vida en un cubículo de tres por tres metros, aunque tiene un gran ventanal con vista a un árbol y a un área verde, me hace sentirme como encerrada, sentada siempre frente a la computadora o ante un libro. Me gustan la lectura y la escritura, pero ellas implican un privilegio de la cabeza sobre el resto del cuerpo. Y a veces me preocupa “el resto del cuerpo”. ¿Salir a caminar un poco en horas de trabajo? No hay tiempo. Por las tardes y eventualmente dos o tres veces por semana realizo actividad física, pero no es suficiente. Y aquí aparece nuevamente lo que siento como una falta crónica de tiempo. Podría hacer más ejercicio, pero a veces prefiero o tengo que dedicar ese tiempo a terminar la ponencia, preparar la clase, continuar escribiendo... Y es cuando me pregunto, ¿falla algo en mí o es el sistema? Porque el ritmo del productivismo en el que estoy metida me obliga a sacrificar cosas, como la actividad física, social, cultural o recreativa. Veo que otras personas no lo sacrifican y entonces me pregunto si soy yo la única desorganizada, la que tiene un ritmo más lento, y aunque quizá hay algo de eso, también cuestiono el ritmo productivista tan despiadado que a veces se me impone, o el montón de informes que tengo que hacer, a diferentes instancias, tratándose muchas veces de informar lo mismo pero en formato diferente, lo cual implica gastar tiempo en eso. Y aunque la universidad nos facilita auxiliares de investigación, estos terminan siendo auxiliares de administración. En este punto siento que hay algo que no va bien, y que no soy yo, porque ¿cómo es posible que, en la distribución del tiempo real sea más importante lo administrativo que lo académico? (Yolanda)

Coda



Me pienso privilegiada, no me siento privilegiada, porque mi profesión es como cualquier otra, con sus obligaciones y derechos, sus pros y sus contras. Y entiendo que en otras profesiones habrá gente a la que le guste hacer lo que hace, y no por eso es privilegiada. Creo que tendríamos que problematizar la palabra privilegio, no porque eventualmente esa palabra se suele asociar con corrupción (como en el caso de las plazas regaladas sin méritos, o el caso de los aviadores). Aunque, bueno, si trabajar en lo que me gusta, hacer investigación y docencia, y trabajar en un ambiente académico es un privilegio, lo asumo como tal.

Desde otro ángulo podría afirmarse el privilegio de ser profesora universitaria, pues en la historia de México, las mujeres han podido acceder a veces lenta y penosamente al sistema educativo, sobre todo a los niveles superiores, entonces, al tener doctorados y estar en el SNI, pues sí representa objetivamente una situación de privilegio, si me comparo con toda la gente cuya trayectoria educativa (ideal-ascendente) quedó trunca por tener que trabajar en otra cosa no muy de su agrado, o con las mujeres que querían estudiar y no pudieron. Pero las universidades mexicanas cuentan ya con un buen número de profesoras como yo, sobre todo en áreas como en la que estoy, que es Educación y Humanidades, o en Ciencias Sociales. Entonces, formo parte de ese grupo de profesoras, de investigadoras. Pero lo que me interesa ver es cuáles han sido los costos —si los hay— de esa situación privilegiada, costos por ejemplo en la salud, en la familia y quizá en otros ámbitos.

Y me sigo preguntando si podemos las profesoras tener el tiempo para reflexionar sobre nuestra situación, y a partir de la reflexión intentar cambiar algo del sistema, con el fin de poder ofrecer nuestros servicios en un sistema más humano, que no tenga tantos vicios burocráticos y productivistas, y que sea también un servicio más puntual y eficaz para las necesidades educativas de las nuevas generaciones (Yolanda).

* * * *

¿Podré dejar la universidad y hacer aquello que pensé podía hacer dentro de ella, desde fuera? ¿Si me jubilo lo más pronto que pueda y me dedico a escribir, leer e investigar en mi casa? Así no tendría que publicar para la comunidad académica, sino para una audiencia más amplia, y podría contribuir a la discusión pública sobre temas que considero relevantes, como la vida cotidiana, y de ella la equidad de género, la tolerancia a la diferencia y las múltiples adicciones a las que recurrimos para tapar carencias y sentimientos negativos. Tampoco tendría que llenar formatos, hacer reportes, escribir cartas y memorándums, ni correr para llegar a plasmar mi huella



digital en el reloj checador. ¿Y si me quedo aislada en mi casa y me dedico a no hacer nada? Igual ya me toca, pues, como dice la canción de Mikel Erentxun, “nunca fui un rebelde sin causa, siempre tuve causas hasta morir...”. Así, empezaría el día con un buen café observando mis plantas, cultivando alimentos, cuidando gallinas y cuando cayera el sol me relajaría leyendo, escribiendo, disfrutando de mi familia y platicando con mis amistades. ¿Y la justicia? ¿Y la solidaridad? ¿Y la investigación como vocación? Pues ya veremos (Silvia).

* * * *

Para mí, el trabajo académico ha sido un eje central no solo de mi carrera sino de mi vida, y me cuesta trabajo imaginarme sin mis tareas cotidianas de preparar clase, asesorar estudiantes, desarrollar investigación, escribir, ir a congresos, por citar solo el trabajo más gratificante y excluyendo el aspecto administrativo excesivo que ya hemos señalado. No obstante, cuento ya con más de 30 años de servicio y siento que voy perdiendo algo de la vitalidad que esta profesión exige. Estoy un poco cansada de tanta presión y estrés, pero siento algo de temor al pensar en el retiro sin tener un proyecto alternativo, tema recurrente de mis colegas cuando hablamos de la jubilación. A pesar de ello, de lo que estoy convencida es de que los años que me quedan como profesora-investigadora tengo que dedicarlos a ir redondeando y cerrando mis proyectos, tanto de docencia como de investigación, y tratar de pasar la estafeta a los nuevos profesores y profesoras que con suerte puedan irse incorporando a nuestro departamento; lo anterior lo señalo porque además han pasado 15 años sin que la universidad otorgue una plaza a nuestro departamento, a pesar de que media docena de nosotros ya se ha jubilado. Solo hasta este año nos fueron otorgadas dos plazas, pero la problemática de la interacción con la generación de reemplazo va a ser difícil. Me da tristeza que el haber creado una tradición en investigación educativa en el departamento, por un conjunto entusiasta de colegas y con el trabajo que ello conlleva, se pierda por falta de interés institucional. Un reto más a enfrentar.

* * * *

Como ha quedado expuesto, somos mujeres sobrevivientes en la carrera académica. Hemos alcanzando algunas metas, reconocimiento y satisfacción en nuestro trabajo. La reflexión que presentamos aquí nos ha permitido explorar los costos que nuestra trayectoria laboral nos ha presentado y cuestionar la estructura burocrática y los criterios administrativos que en las últimas décadas han ido ganando terreno y amenazan con ahogar nuestra autonomía y la satisfacción con las que nos desempeñamos.

Sin embargo, sabemos que la universidad pública puede seguir teniendo un lugar preeminente en la construcción de alternativas que contribuyan a la justicia social a través de nuestra actividad como académicas. Seguimos teniendo cierto grado de libertad para elegir cómo nos insertamos en el contexto actual de la universidad *neoliberal* e introducir cambios dentro de ella. De hecho, escribir este artículo nos ha permitido, siguiendo el ejemplo de Kaela Jubas y Jackie Seidel, observarnos tejiendo puntadas, destejiendo y volviendo a tejer, aprendiendo y puliendo nuevas técnicas y habilidades. No estamos solas, así como ellas iniciaron un primer entramado de ejemplo, nosotras ofrecemos un cuadro más de una gran cobija que mujeres en esta y otras latitudes podremos ir completando para concretar cambios que pueden darse a partir de que las mujeres nos valoremos, reflexionemos y demos un giro en nuestras prácticas.

Referencias bibliográficas

- DENZIN, Norman. (2013). Interpretive autoethnography. En Stacy Holman Jones, Tony Adams y Carolyn Ellis (eds.), *Handbook of autoethnography*, 123-142. California: Left Coast.
- GREDIAGA, Rocío; Rodríguez, José Raúl y Padilla, Laura. (2004). *Políticas públicas y cambios en la profesión académica en México en la última década*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, ANUIES.
- JUBAS, Kaela y Seidel, Jackie. (2016). "Knitting as Metaphor for Work: An institutional autoethnography to surface tensions of visibility and invisibility in the neoliberal academy". *Journal of Contemporary Ethnography*, 45(1), 60-84.
- LACHEVRE, Renata. (2005). "¿Tengo vocación docente? Mis peripecias para obtener una plaza PROMEP". *Parteaguas, Revista del Instituto Cultural de Aguascalientes*, 1(1), 40-43.
- MARTÍNEZ, Alejandra y Andreatta, M. Marta. (2015). "«It's my body and my life»: A dialogued collaborative autoethnography". *Cultural Studies, Critical Methodologies*, 15(3), 224-232.
- METCALFE, Amy Scott y Padilla, Laura (2013). Underrepresentation of women in the academic Profession: A comparative analysis of the North American Region. *NASPA Journal About Women in Higher Education*, 6(1), 1-21.
- PADILLA, Laura. (2007). La participación de la mujer en el profesorado universitario en Aguascalientes. En Yolanda Padilla (coord.), *Línea curva. Historias de mujeres en*

Aguascalientes, pp. 227-244. México: Instituto Aguascalentense de las Mujeres IAM- Instituto Nacional de Desarrollo Social INDESOL.

PADILLA, Laura; VILLASEÑOR, María y MORENO, Tiburcio. (2012). La habilitación de los académicos mexicanos: una perspectiva desde la encuesta sobre la reconfiguración de la profesión académica en México. En Norberto Fernández Lamarra y Mónica Marquina (comps.), *El futuro de la profesión académica: desafíos para los países emergentes*, pp. 263-272. Sáenz Peña, Buenos Aires: Universidad Nacional de Tres de Febrero.

RAMÍREZ, María Dolores y Padilla, Laura. (2008). *El síndrome del desgaste profesional en académicos*. México: UAA.

Notas

¹ El SNI se creó en México en 1984 como una manera de estimular la permanencia de los académicos en las universidades ante la grave crisis económica de entonces, que fue acompañada de fuertes devaluaciones de la moneda y la consiguiente inflación y pérdida del poder adquisitivo del salario. Los requerimientos por parte de dicho sistema son muy exigentes y no todos los académicos que cuentan con doctorado son admitidos o están interesados en pertenecer.

² “*Autobiography* inserted itself in the picture when it was understood that all ethnographers reflexively (or irreflexively) write themselves into the ethnographies [...] *Douethnography* and *collaborative writing* move the project into a dialogical space, two or more autoethnographers merge their writing selves into a multi-voiced performance autoethnographic text, including those that disrupt the status quo”.

³ A ese respecto, escribí un artículo con pseudónimo hablando de mi vocación docente (Lachevre, 2005).

Fecha de recepción: 18 de agosto de 2017. Fecha de aceptación: 27 de noviembre de 2017.